

Stoa
Vol. 12, no. 24, pp. 129-138
ISSN 2007-1968

RESEÑA

Julio Quesada, (2019), *Martin Heidegger. Metapolitica. Cuadernos Negros (1931-1938)*, Editorial Aula de Humanidades. Colección Hermenéutica y Fenomenología, Bogotá.

El último año del S. XIX el escritor Joris-Karl Huysmans decide recluirse en la abadía benedictina de Saint-Martin de Ligugé, ya su obra, desde hacía unos años, había tomado derroteros místicos. Ese hecho histórico de conversión y recogimiento inspira, sustenta, la novela “Sumisión” de Michel Houellebecq, una distopía que narra la vitoria de un partido islamista en Francia. En segunda vuelta el Partido Socialista pide el voto para ese partido, para evitar el éxito de Le Pen. De ese modo un partido islamista llega a la presidencia y el gobierno de Francia en el año 2022. La magnífica novela fue publicada el mismo día del atentado contra la revista satírica y sus autores, Charlie Hebdo. Houellebecq parte de un nihilismo imperante para llegar a lo que, en realidad, se va convirtiendo en un cambio de civilización que traerá una teocracia. El partido islamista moderado que gana la presidencia se denomina “Fraternidad musulmana” (necesario es evocar aquí el ensayo de Paul Bergman, *La huida de los intelectuales*). La razón del triunfo, aparte de otras consideraciones, la sustenta el autor en la sinrazón de una sociedad opulenta, desilusionada e infeliz. Houellebecq (quizá el novelista que más certeramente describe el desencanto) utiliza al profesor François, de la Universidad de Paris III, precisamente especializado en Huysmans, para realizar una auténtica radiografía de la decadencia.

Al leer *Los demonios* (título por el que decantó Borges, frente a *Los endemoniados*) descubrí el hilo que llevó desde “Padres e hijos” (1862) de Iván Turguénev, su “contestación” literaria “¿Qué hacer?” (1863) de Nikolái

Recibido el 5 de abril de 2021
Aceptado el 25 de abril de 2021

Chernyshevskique da soluciones socialistas al nihilismo, novela que impresionó a Lenin, razón por la que luego tituló uno de sus más influyentes libros “¿Qué hacer?” (1902).

Por aquellas fechas andaba perdido en el nihilismo el tal Serguéi Necháyev autor de el “Catecismo revolucionario” y también de diversos atentados, entre ellos uno contra el Zar. En ese individuo se inspira Dostoievski para su personaje Piotr Stepánovich. A su vez su protector por un tiempo de Necháyev, Mijaíl Bakunin, aparece en la novela del genio ruso como Nikolai Stavrogin.

Frente al nihilismo la solución Huysmans, es distinta a la solución de la distopía de Houellebecq y a la solución de Chernyshevskiy y, por supuesto, de Lenin y los demás citados. Aunque como nos demuestra Raymond Aron en “Él opio de los intelectuales” el marxismo es una dogmática con características semejantes a las de una religión, aunque, añadido, con notables divergencias en cuanto a su origen y finalidad. Y, por supuesto, no hay más que acudir al título de la obra de Necháyev para constatar cómo esas salidas comportan una dogmática.

El nihilismo tuvo una importancia enorme en la segunda mitad del S. XIX y, posiblemente, la sigue teniendo. No es baladí su análisis para entender lo que terminó pasando a principios del pasado siglo en el plano de los hechos. Marx (debido a su planteamiento reduccionista y su historicismo errado) esperaba una revolución en UK y la tuvo en Rusia, precisamente en una Rusia que se había quedado sin continuidad, pasando del medioevo a algo nuevo que fue gestándose a lo largo de la segunda mitad del S. XIX. Sí, porque todo nihilismo no deja de ser sino una vacuidad presta a ser llenada, un hueco, una hendidura profunda en la que el ser humano, y la sociedad, necesita asideros para salir. Quizá el nihilismo tenga que ver con el estertor de un modo de vida que languidece y se pregunta ¿era esto?, pregunta que, sin embargo, no remite a una realidad objetiva, sino subjetiva, a una mirada que ha perdido el interés. Y esa es la cuestión porque no hay sociedad sin individuos.

De algunos de esos asideros habla el profesor Quesada en su excelente libro “Martin Heidegger. Metapolítica. Cuadernos negros (1931-1938)”. Nos habla del nacional socialismo, precisamente, como salida al nihilismo, porque sin duda lo fue una Alemania destruida por las consecuencias de la crisis de 1929, que ya se sentía humillada por el tratado de Versalles (como nos relata con maestría Richard J. Evans en “La llegada del tercer Reich”) y el fracaso de la República de Weimar. Porque, ¿qué tiene que ver el nihilismo con la pérdida de toda esperanza?

La regla segunda del “catecismo” de Necháyev lo deja claro: el revolucionario “Es un enemigo implacable de este mundo, y si continúa viviendo en él, es sólo para destruirlo más eficazmente.” Para ello “todo en él se dirige hacia un fin, un solo pensamiento, una sola posición: la revolución” (regla 1). “Día y noche tendrá un solo pensamiento y un solo propósito: la destrucción sin piedad.” (regla 6). Desprecia la ciencia y “reconoce una sola ciencia: la ciencia de la destrucción. Para este fin, y sólo para este fin, estudia la mecánica, la física, la química y quizá también la medicina. Para este propósito, el revolucionario estudiará día y noche la ciencia de los hombres, sus características, posiciones y todas las circunstancias del orden presente en todos sus niveles. La meta es una sola: la más rápida y más segura destrucción de este sistema asqueroso.” (regla 3) “Para él ¡el Revolucionario! sólo es moral lo que contribuye al triunfo de la revolución.” (regla 4) dejando claro que “El revolucionario es un hombre condenado a muerte” (regla 5).

Condenado a muerte ¿por quién? ¿Por quién, realmente? Ahí la muerte es invocada y utilizada como un instrumento es manejada como una atrocidad (que lejos quedan los estoicos), como un pavor propio que se transfiere y no deja de ser una forma de huida. Borges señala en uno de sus poemas, hablando de Servando Cardoso, (Milonga de Calandria) “vivió matando y huyendo/vivió como si soñara”

En todas las salidas al nihilismo hay un elemento común: el antiliberalismo. La excelente novela de Dostoievski es casi una monografía de antiliberalismo. Desde la tradición, desde una mirada morriñosa al pasado, al liberalismo se le significa como una pérdida absoluta de asideros que genera un desasosiego. Por eso, por poner un ejemplo, en 1884, el sacerdote, Felix Sardá y Salvany publicó un opúsculo titulado “El liberalismo es pecado”.

Y Julio Quesada, en su libro, deja perfectamente claro que para Martin Heidegger “el enemigo a batir era el liberalismo en tanto quintaesencia del nihilismo contemporáneo.” (p. 57). La salida del nihilismo que propone MH tiene que ver con el arraigo, sea de los originales arraigados, sea de quienes habiendo muerto sus raíces “perseveran en su regreso al suelo y en la valoración del él.” (Quesada, p. 58). Para Quesada (p. 60) en el pensamiento de Heidegger solo hay una existencia auténtica en el arraigo y otra forma de existencia, inauténtica, en el desarraigo (*pensamiento sin suelo*) de modo (seguimos a Quesada) para MH “el agente del liberalismo lo que realmente produce es desarraigo, lo que en ontología se define como “ausencia de suelo”. Contextualiza nuestro autor y recuerda que en el libro de Sombart, *Los*

judíos y la vida económica (1911) se identifica desarraigo con lo judío. Y concluye el autor malagueño “¿El ser del Judío: el des-arraigo. O, en clave metafísica, la Nada.” La salida al nihilismo que propone Heidegger, nos dice Julio Quesada, es algo que “comenzó con el *Dasein* y termina con el “pueblo en su Estado”, pasando por el suelo, la lengua materna, la finitud, el ser-es para-la-muerte más lo recientemente descubierto: la sangre de la madre y de los ancestros; a lo que hay que remitir todo lo demás”. (p. 63) “Desde el punto de vista ontológico ha llegado <MH> a la conclusión de que la salvación de Occidente, ante el nihilismo de la civilización, sólo puede darse en la medida en que Alemania cumpla con su secreta misión: reinstaurar la diferencia del ser.” (p. 154) porque para MH, sigue nuestro autor, “el nihilismo... ha desarraigado al hombre y lo ha convertido modernamente en un ente errante cuyo carné de identidad dice: extranjero. El hombre se habría convertido en extraño a su propia esencia que es el arraigo, el estar-aquí, su ser-es-para-la-muerte”¹ estaría cumplido cuando a todos sus otros modos de ser viene a agregarse también el estar muerto”; por tanto, el pensamiento epicúreo según el cual “cuando estoy vivo mi muerte no está y cuando sobrevenga mi muerte yo no estaré más, por lo que cual en el fondo la muerte no me incumbe” es erróneo (p. 48) Así que para MH la muerte es “la posibilidad de la pura imposibilidad del *Dasein*” por lo que la muerte (la conciencia de ineluctabilidad de la muerte) es algo esencial al *Dasein* de modo que, según Vattimo para MH “la muerte... lejos de cerrar el *Dasein*, lo abre a sus posibilidades del modo más auténtico” (p. 49)...“al anticiparse en la propia muerte, el *Dasein* ya no está disperso ni fragmentado en las diferentes posibilidades rígidas y aisladas (...) sino que las asume como posibilidades propias (...) la muerte posibilita las posibilidades, las hace aparecer verdaderamente como tales y así las pone en posesión del *Dasein*, que no se aferra a ninguna de ellas de manera definitiva, sino que las inserta en el contexto siempre abierto del proyecto propio de existencia” (p. 50), (para MH los animales más que morir “cesan” mientras el hombre está en el tiempo y es consciente de su propia finitud lo que actúa esencialmente sobre su ser).

Recordar aquí lo dicho arriba sobre el catecismo revolucionario y la impronta de la muerte en el perfil de su autor: El revolucionario está condenado a muerte. Sin duda, la muerte, forma parte de la vida (Seneca), de algún modo (el miedo a la muerte) genera mundos ilusorios (Siddhartha Gautama) y a veces se convierte en una obsesión que desemboca en formas de culto. Según

¹ Señala Gianni Vattimo (*Introducción a Heidegger*) “el *Dasein*

el nivel de inteligencia, las experiencias vitales y otras variables inapreciables la comprensión de la muerte ensalza o denigra, abre o cierra.

El liberalismo es atacado desde los postulados tradicionalistas porque supera una sociedad quieta, estamental, terminada y segura y abre una sociedad inclusiva, inquieta, evolutiva y por hacer. Apela a la responsabilidad del individuo, a su propio futuro y al de la sociedad a la que pertenece. Una sociedad de hombres y mujeres libres capaces de construir su futuro desde la individualidad libremente colaborativa y la asunción de su propia responsabilidad. El liberalismo, aunque supone un cambio de mirada muy importante, no sólo no deja desangelado al hombre, sino todo lo contrario. Hay muchos argumentos, pero quizá el mejor sea ver cuáles han sido sus mayores enemigos: el nacional socialismo y el comunismo. Ambos intentaron (y consiguieron) hacerse con *la fe de carbonero* de las gentes. Y ahí está la disputa, frente al aire fresco del liberalismo, que no denosta la fe, ni la necesidad de soportes confiados, pero sí coloca al hombre ante su propia libertad y responsabilidad. Desde un punto de vista político el liberalismo sustituye la lucha violenta por la lucha de las ideas y establece un sistema político de coonestación pacífica de intereses.

Por su parte los tradicionalistas también atacan al liberalismo porque necesitan Identificarse sólo en sus raíces, sólo ahí se encuentran seguros y el liberalismo abrió otras opciones con la superación de los estamentos, consiguiendo la movilidad. De ese modo permitió admitir potencias humanas desaprovechadas y una mayor participación de todos en la creatividad y en las acciones de desarrollo.

El nacional socialismo no deja de ser un nacionalismo (si bien con una forma de organización económica al servicio de un Estado absoluto, en definitiva), y como tal referido a aquella nación romántica cuyos primeros estertores los ubican en el romanticismo de Herder (en quién, Isáías Berlín, ve “Los orígenes del romanticismo”) y Fichte, línea que traza nuestro autor. Siempre me ha dado la impresión de que la nación se configura en el romanticismo como una suerte de *organismo vivo*(¿un dios?) al que se debe incluso la vida. Esa nación tiene que ver con los montes, los valles, los ríos, la tierra, el territorio. Frente a ese concepto de nación, se alza el concepto liberal, que recoge, por ejemplo, el art. 1 de la Constitución de Cádiz (1812): “La Nación española es la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios”. La nación como reunión de individuos. Los territorios (hemisferios) como *lugar* de reunión. Sin individuos no hay nación que valga. Sin individuos no hay campo, ni siquiera territorio (el territorio es un concepto jurídico, objeto de

propiedad privada o demanial). Sin individuos no hay nación, ni hay nación contra los sujetos reunidos (el respeto a lo individual, a la libertad cohesionada por costumbres, principios y leyes). En nombre de aquella nación que soñaron los románticos, cabe un Auschwitz, en nombre de la nación liberal es imposible generar ese monstruo.

En el fascismo se identifica absolutamente el Estado y Nación, en el socialismo el Estado y la clase (concepto igualmente estático y metafísico en la definición marxista, como el de nación romántica), siendo el paso siguiente la identificación del estado con el partido (que actúa el famoso “gobierno de los sabios”), único verdadero (en Lenin que, en vez de llamarlos, de llamarse, “sabios” los llama “vanguardia” de proletariado) y con una bandera común del partido y del Estado. Partido-Estado-Nación en una unidad férrea.

El nihilismo es conjurado, de ese modo, por la entrega total a una causa trascendente de lo individual. Se exige una renuncia al ser libre y lo primero que ha de caer para que funcione es la libertad de pensamiento. Lo individual aparece como antinómico de la “nación” o la “clase” y sólo puede realizarse a través de esa fe que implica una renuncia de libertad. Está dicho con toda claridad por Mussolini “El pueblo es el cuerpo del Estado, y el Estado es el espíritu del pueblo. En la doctrina fascista, el pueblo es el Estado y el Estado es el pueblo. Todo en el Estado, nada contra el Estado, nada fuera del Estado”.

Esa identificación necesaria e ineludible de Partido-Estado-Nación traza el orden, establece una ética inducida y conforma una moral pública. Sin embargo, fracasa una y otra vez y siempre que se intenta.

El Estado siendo singular conforma una pluralidad de intereses y esas doctrinas totalitarias eluden ese hecho al reducir los intereses a un concepto definido por ellos mismos. En efecto, son un conjunto de individuos -finalmente- lo que conforman el Estado, con sus propios intereses, como también lo son los que conforman el partido, con los suyos. En esa identificación absoluta está el germen mismo totalitario, excluyente y reduccionista, lo que es una de las causas de que fracasen una y otra vez, porque parten de premisas ilusorias, pues esa realidad ineludible, al ser eludida, produce disonancias que se traducen en sismos fácticos. Sus soñados edificios se caen una y otra vez.

La nación romántica (a la que también, con cierto matiz diferencial, se le llama “pueblo”, concepto igualmente indefinido), al abstraerse (convertirse en una entelequia en la que personas de carne y hueso proyectan sus propios intereses) queda reducida a excusa moral para el Estado (de nuevo personas concretas) y el partido (personas concretas), convirtiéndose en un mero instru-

mento de intereses personales impuestos a la fuerza. Dado que esa nación no es la reunión de individuos, sino algo abstracto e intemporal que *está ahí*, es ahí donde precisamente van a parar los individuos conforme van naciendo.

El filósofo, Julio Quesada, destaca un hecho esencial (p. 137) en su crítica a la filosofía de M.H. “La lectura posmoderna de MH ha caído en el error de interpretar el *Dasein* como la prueba de que esta filosofía viene a salvar al individuo, a lo particular-concreto, frente a la sistematización tecno-filosófica de la modernidad. Pero es un error que se debe a no comprender que el ser-ahí ya estaba encadenado al pueblo-en-su-Estado. En realidad, ya lo sabíamos, este filósofo carece del menor interés por las personas de carne y hueso”. Y antes “el mal, para él, no es otro que la existencia sin el suelo firmemente finito e insustituible el Aquí de la tradición del pueblo. Sin suelo o patria natal no hay filosofar ni existencia humana”. (p. 24) siendo que “la fuente del nihilismo es el desarraigo del Ser.” (p. 57).

Desde mi perspectiva ningún colectivismo (ni económico, ni ideológico) salva al individuo. Sí es cierto que le confiere una salida al nihilismo, pero hasta ahora, como ideario al que asirse, ha sido una salida mucho más nociva y deficitaria que las ofrecidas por las religiones más avanzadas, aquéllas en las que el origen de la identificación individual no está constituido a la contra, sino que entiende la colaboración, incluso la empatía o el amor al otro como una vía de plenitud individual. Se ha comparado el primer cristianismo con el comunismo en tanto que en ambos casos se trata de formas de colectivismo, sin embargo, su causa es completamente distinta: en el primero es el desprendimiento (como sucede con el desapego budista) y en el segundo es el prendimiento. El primero se basa en el camino del dar y el segundo en el de quitar.

En los totalitarismos el partido se convierte en la jerarquía de *sacerdotes* que están iniciados en los arcanos de la nación y los interpretan; y el Estado, finalmente, no deja de ser un medio de ocupación de ámbitos que son de la sociedad civil, reduciéndolos, expropiándolos. En el totalitarismo la necesaria tensión y equilibrio entre los poderes estatales y los sociales, que caracteriza una sana democracia liberal, desaparece. Tas la lectura del libro de Quesada queda la impresión de que MH aspiraba a convertirse en sumo sacerdote de la nueva filosofía porque “la consagración a la filosofía para que Alemania recupere su auténtico patrimonio cultural, una vez sacrificadas todas sus tradiciones heterogéneas, transforma a la filosofía en un nuevo sacerdocio dedicado a la patria única” (p. 151).

El libro de Quesada, se lee como un “Yo acuso” (Zola), siendo Alfred Dreyfus todo el pueblo judío, porque su perspectiva de la filosofía de MH no autoriza a distinguir entre el hombre y la filosofía, ni autoriza a pensar que el hombre que era MH no entendió su propia filosofía, sino que esa filosofía llevaba necesariamente al nazismo, a simpatizar y querer sostener filosóficamente esa solución frente al nihilismo. Y ahí situados, denostando la Descartes porque “es un filósofo moderno, desarraigado, y promotor del nihilismo porque carece de “donde” (p. 200) lleva a MH a justificar de las leyes de Nuremberg, la salida de Alemania de la Sociedad de Naciones y el exterminio judío porque el no arraigado no es un interlocutor y su lugar es la Nada. Quesada (p. 201) considera que para M.H. “el movimiento histórico que ha ido en los últimos veinticuatro siglos del “espíritu” a la “política” se debe al proceso nihilista de una percepción del mundo y del hombre basada en el desarraigo o pensamiento sin raíces, sin duelo. Toda la historia de la ontología de Occidente, basada en las categorías de la razón, debe ser destruida y reelaborada desde la esencialización del ser: “Tener-que-ser”. Un tener que ser al margen por completo del contacto con la “antropología”, “psicología” y “biología”; pero no por razones fenomenológicas sino porque estas tres ciencias pertenecen al mundo al mundo del apolítica, la Zivilization, carecen de “espíritu” y nada tiene que ver con los propiamente Alemán”.

No deja de ser curioso que el discurso nazi arrancó de Alemania algunas de sus mejores cabezas, precisamente muchas de aquellas que colocaron Alemania en la cúspide del pensamiento y de los hallazgos de la primera mitad del S. XX (y su preludio de finales del XIX). El psicoanálisis, que tanta impronta ha tenido en la psicología y el arte modernos, nació en Alemania de la mano de un judío, Sigmund Freud; la teoría de la relatividad de la mano de otro, Alfred Einstein, sin cuya asombrosa aportación no sería posible el mundo de hoy, o los hallazgos de centenares, de científicos de primer orden que tuvieron que huir de Alemania o de la enorme cantidad de ellos que fueron masacrados. Y escritores de la talla de Stefan Zweig o Joseph Roth (cuyo “Job” es una recreación magistral de una de las grandes preguntas) tuvieron que exiliarse (junto con centenares de ellos), otros muchos fueron asesinados en campos de concentración o se suicidaron como Walter Benjamín o el propio Stefan Zweig, en Brasil, al que le habían arrancado su alma arraigada precisamente en su patria alemana.

La pregunta de MH es *quiénes somos nosotros*, frente a la pregunta abierta, inclusiva, universal *de qué es el Hombre*. La pregunta nacionalista suele

contener siempre en ella misma la respuesta y tiene que ver con rasgos excluyentes. No se atiene a lo común, sino a lo diferencial, porque es una pregunta que segrega.

MH, en la interpretación documentada de Julio Quesada, aboga por un “salto” al origen lo que conlleva una transición de desmesura (p. 129) que lo hace “más bello, más magnífico” (p. 129), los futuros dirigentes del movimiento deben ser preparados para “su misión: la decisión para el salto a lo desprotegido” para eso han de atacarse las vivencias en tanto que “fuentes de la subjetividad moderna”, sacrificándose el *patrimonio cristiano* (p. 144) y según nuestro autor “tanto el cierre étnico que maneja la teoría política de Hitler como el cierre ontológico tienen en la fenomenología a su adversario más duro” que es el mundo de las vivencias. Para MH (la cita es de Quesada, p. 185) “(...) el mundo espiritual no es la superestructura de una cultura, sino como tampoco el arsenal de conocimientos y valores utilizables, sino que es el poder que más profundamente conserva las fuerzas de su raza y de su tierra (*erd und bluhhaften*) y que, en tanto tal poder (*Macht*), excita más íntimamente y conmueve más ampliamente su existencia. Sólo un mundo espiritual garantiza al pueblo su grandeza”.

Al salto dedica nuestro autor un capítulo titulado “Metafísica y autoafirmación: el salto”. Para MH “lo importante no es el hombre en su individualidad, sino en su totalidad como pueblo histórico-espiritual” (p. 194), por tanto, se salta hacia el “origen” y se nace contra la nada. A la pregunta *¿por qué es en general el ente y no más bien la nada?* responde MH que el salto es la pregunta misma, el acto de preguntar, que a su vez se constituye en fundamento de la pregunta misma. Tanto la pregunta como la respuesta (que es su rebote) se obtienen saltando. Saltar es un “salto originario” y a partir de ahí tanto “el objeto como el sujeto de conocimiento (de todo tipo de ente) han quedado enraizados en el suelo, fondo del “circulo” de la existencia que traza, en extensión y profundidad, su propio radio de acción.” De ese modo la ciencia, el arte, el derecho, la economía o la medicina “son respuestas puntuales que brotan dentro, jamás fuera, de ese círculo de la existencia humana histórico-espiritual” (p. 198). Y sigue Quesada “El que cree en la Biblia, tanto como el que cree en la Tabla periódica de los elementos ... ya están fuera del círculo de la pregunta ... el creyente debe abandonar su fe; mientras que el científico debe abandonar el conocimiento para dar paso, en su interior, al verdadero ‘saber’ histórico-espiritual. . . una ‘filosofía cristiana’ equivale a “hierro de madera, y una ‘filosofía de la ciencia’” (p. 198)... Tanto la filosofía como la ciencia mo-

derna pertenecen a la Nada: *Bodenlosigkeit*, ‘pensamiento sin suelo’ de modo que Descartes es un “filósofo moderno, desarraigado y promotor del nihilismo porque carece de ‘donde’” (p. 200).

Esa concepción excluye, conforme a Quesada, las ideas de *égalité-fraternité-solidarité* porque “representan la Nada contra la que hay que saltar para librarse de la existencia inauténtica o no metafísica”.

Sin embargo, nos advierte, finalmente, Quesada (p. 201) “el acontecimiento del salto hacia la mismidad del origen destruye todos los posibles puentes de comunicación con la Nada que son los que no son nosotros mismos. Todo nacionalismo metafísico de esta especie (pre y anticrítico) es, forzosamente, un monólogo que un pueblo tienen consigo mismo.”

Tras la lectura del libro de Julio Quesada pocas dudas le quedan al lector del filo nazismo de Heidegger.

José Soldado Gutiérrez.